

MI AMIGO JOSÉ, EL CHICANO

Por José MARTÍN RECUERDA

Mi amigo José, el chicano no se había casado, con una maestra rural, en terceras nupcias. El llevaba siempre botas camperas y un bigote garciamarqueño. Su tercera mujer, la maestra, vivía en un pueblecillo de California, junto a un viejo apeadero de estación que recordaba los primeros tiempos de la conquista del Oeste norteamericano. Mi amigo José, a sus casi cuarenta y nueve años de edad, quería ser maestro de escuela, como su mujer. Apenas sabía leer ni escribir y yo le dejaba entrar a mis clases. Nos hicimos muy amigos y me confesó los hijos que tenía desperdigados por el mundo, así como las puñaladas que tenía en el cuerpo. «Mire usted —me decía—, tengo el cuerpo cosido a puñaladas.» Su vida había transcurrido de aventura en aventura, echado de unos lugares a otros. Yo recordaba nuestros mejores héroes literarios que, como dice Américo Castro, se forjaron lo mismo que José. Y creo que el pueblo español es así: un constante trasiego de huidas, como los héroes de nuestra picaresca, o las salidas de Alonso Quijano, o los pasos de frontera de nuestro Unamuno, Machado y tantos otros. Mi amigo José se había hecho, huyendo, una vida fuerte, aventurera, valiente, capaz de enristrar navaja en el momento menos esperado.

Como he dicho, sabía leer poco, escribir menos todavía. Mi sorpresa fue cuando me dijo que había sido actor en Delano, al mismo tiempo que labraba la tierra. Su historia azarosa creo que comenzó desde que nació, pero se hizo más intensa en la revolución chicana de 1965 que, como sabemos, duró cinco años, cuando casi Angela Davis y las Panteras Negras iban a intervenir en la refriega.

Conocí a José el tiempo en que la Davis estaba encarcelada cerca de Delano y muchas Universidades norteamericanas protestaban. José decía que había bailado

con Angela Davis en la cárcel. Contaba historias maravillosas y había llegado ya al momento de su redención: José, firmemente, había entrado en la época de mayor equilibrio de su vida. Quería quedarse, para siempre, en la escuela que estaba junto a aquel apeadero tan romántico, tan poético, tan lleno de sugerencias sobre tantas vidas humanas como por él pasaron.

Mayor sorpresa fue cuando José me contó que había sido actor en la revolución chicana de 1965. Actor de teatro documento. Actor revolucionario como todo aquel teatro chicano que, luchando contra la tiranía de los «gringos», se hizo, durante la revolución, uno de los teatros más conmovedores de los últimos tiempos. Las historias que José-actor me contaba eran dignas de admiración. Recordaban, a cada paso, el resurgimiento de la comedia romana, pasando por la comedia atelana y llegando a las improvisaciones más ricas de la Comedia del Arte italiano, que tanto dio a Lope de Rueda y, en general, a la comedia popular no sólo española, sino del teatro occidental, porque se infiltró lo mismo en Inglaterra que en Francia o en Alemania, y sigue en vigencia cuando se agotan las fórmulas o técnicas dramáticas de un país en decadencia.

José-actor había dejado la vendimia californiana para luchar contra el yanqui, patrón feroz de los chicanos. Se había inventado mil maneras de ser actor, sobre todo, cuando se subía en los carros de vendimiadores para iniciar la protesta. José vivió como un cómico de la legua. Decía que revolucionaba a los campesinos chicanos haciéndoles ver, desde el escenario-carro, la verdadera realidad de sus vidas discriminadas. Se pintaba la cara de negro o se ponía carteles colgados al cuello, donde se leía: «Soy el patrón». Cogía entonces un látigo y provocaba a los demás. Les

hacía llorar, rebelarse, sufrir, y hasta algunos le seguían en otros carros para imitar a José, creándose un teatro que se llamó después chicano; teatro que recorría los campos siguiendo la ruta que inició fray Junípero Serra, cuando creó las famosas misiones del Camino Real. José, sin pensar bien dónde se metía, se hizo líder de la revolución chicana. José-actor luchó al lado de Pepe Chávez, quien más tarde fundaría el sindicato campesino chicano. En esta lucha, José recibió algunos navajazos, mientras representaba desde la carreta piezas cortas, improvisadas y burlescas. Me dijo que se disfrazaba de uvas. A veces, las uvas se las ponía en la nariz, de una manera grotesca, y como eran de goma, estallaban cuando ellos querían, utilizando esos pobres trucos de los payasos de los viejos circos, pero bajo el truco ingenioso, se escondía una gran rebelión del hombre que exige sus derechos a la libertad. Como tantos especialistas han dicho, el teatro ha sido siempre la búsqueda de la libertad humana; aunque esta libertad pocas veces se encuentra y su búsqueda conduce a la muerte. Qué condena tan hermosa: buscar la libertad para encontrarse con la muerte, tanto en el teatro como en la vida. No sé de Medea, ni de Ifigenias, ni de Fedras, ni de Blancas de Bois, ni de Williams Loman que, buscando su libertad, se hayan encontrado con la felicidad, sino con la muerte.

Por todas estas razones me encantaba hablar con mi amigo José. Era un pozo profundo de vida y sabiduría. Ojalá —me decía yo— hubiera llegado a saber tanto como mi alumno. Ojalá mi cuerpo, cosido a puñaladas, encerrara aquella deslumbrante sabiduría del discriminado José.

Después José se desencantó de su lucha y emprendió nuevos caminos. Qué admiración la mía. Qué admiración tan grande para aquel que, aún con cerca de cincuenta años, sigue luchando

y emprendiendo nuevos caminos para vivir. Como José, conocí a muchas personas en aquel país.

Después de la lucha que sostuvieron José, Chávez y otros muchos, llegó algo peor, creo yo, para el teatro chicano: su codificación. Perdió entonces improvisación y rebeldía. El líder Valdés, que había estudiado en la Universidad de San Francisco, convirtió lo vivo en literatura dramática. Creo que mi amigo José no entendía esto bien, porque había concebido todo aquel mundo en acción, como madero de salvación para otros, no con ideas escritas o preconcebidas con determinados fines políticos. Creo que José se humilló y dejó de luchar. Aún no sé bien por qué se humilló: ¿sería porque no sabía leer ni escribir y había seguido sintiéndose inferior? Lo cierto es que José dejó el teatro. Al mismo tiempo, sus deseos de libertad y salvación para los demás. ¿Se refugiaría en la Universidad, con el deseo de enseñar a los niños chicanos para que se pudieran defender, ya que él no supo defenderse, como hubiese querido? No sé por qué, José me recordaba a Esquilo cuando fue a morir a una isla al creerse vencido por Sófocles.

Lo cierto es que José dejó el teatro y me decía: «¿De qué me ha servido toda esta lucha y hasta las puñaladas de mi cuerpo?». Desde aquí, yo me pregunto lo mismo que José. Desearía, si estas líneas llegaran a él, que supiera ya leer y escribir, y fuera el maestro de aquella escuela que estaba junto al maravilloso y encantador apeadero de ese pueblecito casi solitario y perdido del viejo Oeste.

Con la historia de José, recuerdo también la del teatro chicano. Hace tiempo que no tengo noticias. Sería una pena que este teatro tan vivo hubiese desaparecido a ser codificado. Cuánta «verdad» necesita el teatro para seguir existiendo. ●